

caridad, es esperar cuanto hay que esperar. Espera, por ejemplo, que aquel hombre mudará de conducta, que volverá de sus extravíos, que se portará mejor en otras ocasiones, que reconocerá su error, que se desengañará de sus preocupaciones, que reparará lo pasado, y dará de ello una entera satisfacción. Esta esperanza, pues, de la que jamás debe separarse, es una razón para tratarle, para excusarle y para atenderle; y esto era lo que obligaba á decir á San Agustín, que debemos amar á los mismos libertinos é impíos, porque pueden, algún día, llegar á ser santos y escogidos de Dios. Tengamos, pues, la caridad en el corazón; y, de este modo, no será necesario prevenirnos de rodeos y pensamientos buenos á favor del prójimo, porque prontamente nos hallaremos de ellos prevenidos.

Nuestra caridad, pues, no quedará sin recompensa; y el mismo S. Pablo nos la promete, cuando añade: QUE LA CARIDAD NO DEBE ACABAR JAMÁS. I. COR. XIII, 8. Ella nos conducirá al cielo, y allí la conservaremos eternamente. Todos los demás dones cesarán: cesará el de la profecía, el de ciencia, el de lenguas, y el de milagros; pero, en la eterna felicidad, en lugar de destruirse la caridad, será allí más abundante y más perfecta. Amabilísimo Salvador, encended en nuestro corazón el fuego sagrado de la caridad. De este modo seremos verdaderos discípulos vuestros, cumpliremos toda la ley, y nos elevaremos, un día, en alas de la caridad, á la mansión feliz, donde ella nos hará eternamente dichosos.

CARIDAD PARA CON LOS POBRES.

Date eleemosinam, et omnia munda sunt vobis.

Dad limosna, y quedareis enteramente purificados.

(Luc. xi, 41.)

Esta es, hermanos míos, una promesa muy grande, y que, para entenderla bien, es necesario saber en que consiste esta corrupción del siglo, que debéis temer, y contra la que os servirá de preservativo la limosna. Es necesario examinar las causas más comunes de que procede, y ver los perniciosos efectos que nacen de ella; y, finalmente, es necesario indagar con cuidado los remedios que podeis oponerle. De ningún modo puedo hacer que comprendais esto mejor, que suponiendo un principio de S. Bernardo, que es indisputable en la moral evangélica. Tres cosas hay, dice este Padre, que están muy expuestas en el mundo, y cuya conservación en él es muy dificultosa: éstas son la humildad, la castidad y la piedad; la humildad, en medio de las riquezas del mundo; la castidad, en medio de las delicias de él; y la piedad, en medio del embarazo que traen consigo los negocios del mundo: *Perichitatur humilitas in divitiis, castitas in deliciis, pietas in negotiis*. Esto es; que es casi imposible tener bienes y ser humilde, vivir cómodamente y ser casto, ocuparse en negocios temporales y no olvidar á Dios. Pero, ved, hermanos míos, el excelente medio que vengo á enseñaros para libertaros de estos tres escollos: el medio, pues, es el ejercicio y la práctica de las obras de caridad. Vosotros os hallais en estados opulentos, cómodos, llenos de negocios en lo exterior, y cargados de cuidados en el interior: y yo intento haceros ver, que nada es más eficaz que las obras de la caridad cristiana, para defender vuestra humildad *del orgullo de las riquezas*; vuestra pureza, *de los atractivos de una vida sensual*; y vuestra piedad, *de la disipación de los negocios humanos*. Imploramos antes los auxilios, etc. A. M.

1. Es una verdad, oyentes, bastante conocida, y de la que tenemos muchos ejemplos en el uso del mundo, que las riquezas inspiran orgullo, y que nada es más raro, que un hombre humilde en la opulencia y modesto en la fortuna. El esplendor que rodea á un rico del siglo, la pompa y magnificencia que ostenta á los ojos del público, el crédito en que se mira, el poder emprender y ejecutar cuanto quiere, los honores que le tributa el comun de los demás hombres, los respetos, las sumisiones, y, si se me permite decir, las adoraciones, le deslumbran de tal modo, que ya no se conoce á sí mismo, y se desvanece con sus vanas ideas, haciéndose un mérito aparente de su abundancia; persuadiéndose á que todo le es debido, no queriendo depender de nadie, y queriendo que todos dependan de él. Yo, pues, sostengo, que uno de los medios más propios para corregir y reprimir estos sentimientos y abatir este orgullo, es la obligacion de la limosna y de obras de caridad, considerada con madurez y cumplida con fidelidad. Escuchad la prueba.

En virtud de esta indispensable obligacion para enseñanza y humillacion del rico, debe éste discurrir del modo siguiente: yo tengo bienes, pero éstos, en el fondo, no me pertenecen, ó, si me pertenecen, es bajo condiciones que yo no me he impuesto á mí propio, sino que me han impuesto y mandado independientemente de mí; lo que es señal evidente de mi sujecion. Yo tengo bienes, pero Dios es el primer dueño y propietario de ellos; y yo, propiamente, solo soy un ecónomo y dispensador; de tal modo, que si dispongo de ellos, no debe ser segun mi voluntad, ni mi gusto, sino segun la de Dios y sus mandamientos. Yo tengo bienes; pero debo dar de ellos una cuenta muy rigurosa. En fin, yo tengo bienes, pero todos ellos me enseñan y dán á conocer, que no proceden de mí, pues nada tengo, que no haya recibido: luego, siendo así; ¿por qué me he de gloriar, como si los tuviera por mí mismo, y como si todo lo que soy lo fuera por mí? I. Cor. iv, 5. Así debe discurrir un rico, y de esta suerte, puede hallar en sus riquezas motivos para humillarse.

Pero, aun digo más; estos bienes, que no son suyos, ó que lo son con ciertas condiciones, ¿para qué los ha recibido, y en qué debe emplearlos? Para los pobres se le han confiado estos bienes, y para la subsistencia de ellos los ha destinado Dios; de lo cual se infiere, que el rico no es rico para satisfacer su ambicion, contentar su codicia, mantener su lujo, engrandecerse y dominar, sino solo para socorrer las necesidades de los pobres, aliviarles sus miserias, suministrarles el pan y alimentarlos. Este es el designio que la Providencia se ha propuesto, y éstas son las miras que ha formado de él, y,

por consecuencia, los bienes, que posee, no los debe mirar como bienes suyos, sino como bienes de los pobres, supuesto que les es deudor de ellos. Pensamiento, hermanos míos, de mucha humillacion para una multitud innumerable de ricos, pero pensamiento sólido y verdadero.

De esto mismo infiero, que en el estado opulento en que Dios os ha colocado, sois, entendiéndolo bien, siervos de los pobres, pues estais destinados por orden de Dios á asistirlos en sus necesidades, socorrerlos en sus enfermedades, buscarlos con este intento, y prevenirlos á este fin. Almas cristianas, no os agraviareis ni ofendereis de esta cualidad de siervos, y perdonareis esta expresion á mi celo, luego que llegueis á comprender todo su sentido. Ser siervos de los pobres es serlo de Jesucristo. El mismo Jesucristo os lo ha declarado, que todo lo que haceis en beneficio de los pobres, á él mismo es á quien lo haceis: *Quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis.* MATTH. xxv, 40. Los pobres son, entre los hombres, los más pequeños, segun el mundo; pero por más pequeños que sean en la estimacion del mundo, Jesucristo los asocia á sí, ó se ha asociado á ellos. Los ha establecido y puesto inmediatos á vosotros, como sus sustitutos; y aun os hace anunciar hoy, por mi boca, que tiene presentes todos los servicios que les haceis, y que los pone en el número de los que á él habeis hecho.

De este modo, oyentes, no os avergonzareis de ser llamados siervos de los pobres, antes bien hareis de ello una gloria; pero, en cuanto á lo demás, en esta misma gloria que os resultará, segun Dios y ante Dios, hallareis un remedio muy eficaz contra las altiveces del corazon, tan frecuentes en los estados opulentos, y un contrapeso muy poderoso contra el orgullo, que casi siempre inspira la posesion de las riquezas.

Tambien es otro de los más seguros medios, para salvar la inocencia y pureza del corazon del cebo y atractivo de una vida sensual.

Es cierto, oyentes, y no nos permiten dudar de ello ni la fe ni la razon, que la inocencia y pureza de corazon no tienen en el mundo mayor enemigo, que lo que se llama una vida delicada y llena de placeres. Sin hablar de aquellos deleites groseros y culpables, que por sí mismos están condenados por la ley de Dios, digo, que aquellos que aun se tienen y pasan por indiferentes, y que nuestro propio amor procura tener derecho para solicitar como honestos y permitidos, no dejan tambien de tener una especial oposicion con la pureza del cuerpo y de espíritu que se profesa en la cristiandad.

¡Extraña miseria del hombre debilitado por la culpa! Antes de su pecado, podía disfrutar de una vida deliciosa, y podía gustar sin peligro de los frutos de la tierra, concediendo á sus sentidos toda dulzura y comodidad; pero despues de él, solo le conviene una austera penitencia, porque ésta es la que únicamente puede contenerle en los limites de su obligacion é impedir su corrupcion. No obstante esto, no ignorais, oyentes, que el espíritu del mundo nos inclina y arrastra á lisonjear nuestros cuerpos, á concederles todo lo que piden, á proporcionarles todas las comodidades, á no estrecharlos ni mortificarlos en cosa alguna, y á mantenerlos en una robustez y lozanía, que degenera en sensualidad, y, por lo comun, en impureza. Vida de los sentidos, vida, que aun reprobaron los sabios del paganismo; juzgad, pues, si puede en algun tiempo conciliarse con una religion pura y sin mancha como la nuestra.

¿Cuál es el medio que la Providencia os suministra, para preservaros de un peligro tan frecuente y casi inevitable en medio del mundo, principalmente en medio de este mundo pervertido y grande en que vivís? No otro, que el ejercicio de las obras de caridad y de misericordia. Esto es, digo yo, ocupados en beneficio de los pobres, llamarlos á vosotros, ó ir vosotros mismos á ellos, y conocer las necesidades á que se hallan reducidos. Con efecto, oyentes; con la vista y conocimiento que tendreis de tantos objetos de dolor y compasion, aprendereis á ocuparos ménos en el cuidado de vuestras personas, y á no solicitar tanto los placeres del siglo. Pues es imposible tener á la vista tanta miseria y pensar en tratarse bien, en divertirse y regocijarse; á no ser que se tenga ya extinguido en el corazon todo sentimiento de religion y aun de humanidad. La triste imágen, que forman en el espíritu estas miserias, permanece en él profundamente impresa, siempre se lleva consigo, y, por un efecto muy natural, casi de nada se gusta. ¡Dichosa preparacion para la gracia, que, recayendo en una alma, acaba, por lo comun, de desprenderla en un todo de los sensuales enlaces, que solo servian á su mayor delicadeza!

De este mismo principio aprendereis tambien, á minorar los excesos en lo suntuoso de los banquetes, y en lo exquisito y delicioso de los manjares, que tanto contribuian á excitar el fuego de la concupiscencia y la mantenian. Vosotros tendreis vergüenza de veros tan abundantemente provistos de todo, al mismo tiempo, que los pobres carecen aun de lo necesario.

De esto mismo, oyentes, aprendereis á padecer y tolerar en mil ocasiones, que nunca podreis evitar, por más que hagais, y en las que os será muy importante saber santificar vuestras penas y traba-

jos, y aprovecharos de ellos. Pues aunque tomeis las precauciones que querais, es un decreto irrevocable del cielo, que todos debemos tener en este mundo nuestras aflicciones y adversidades, de modo, que si no es una, ha de ser otra; y así, el asunto no está en querer librarse de ellas, pues nos es imposible, sino en hacérselas útiles y saludables, y, aceptándolas, conformarse con los designios de Dios, que quiere, que estas amarguras de la vida nos sirvan de preservativo contra la propension é inclinaciones viciosas de la naturaleza corrompida.

De este mismo principio aprendereis, al fin, á tolerar los ejercicios de la penitencia: éstos se miran con demasiado horror, y, en este punto, todos se entregan demasiado á su natural repugnancia; pero, para vencerla, bastará mirar los pobres, á los que os inclinará vuestra caridad. Os preguntareis á vosotros mismos: ¿en qué pecaron éstos más que nosotros, qué hicieron, y por qué motivos atrajeron sobre sí todos los azotes, con que el cielo los aflige? Despues de haber comparado de este modo pecado á pecado, comparareis penitencia con penitencia. Juntareis todo lo más riguroso que la Iglesia os manda, todo lo más penoso que un confesor prudente y firme os prescribe, y todo lo más severo y de mayor mortificacion que el espíritu de Dios interiormente os inspira. Todo ésto lo pondreis en la balanza del santuario, y examinareis en ella lo que en todo esto puede haber, que iguale á las miserias que habeis visto y veis todos los dias. ¡Ah! oyentes, ¿qué motivo de confusion y enseñanza para vosotros! De esta suerte conoceréis, cuán leve y poco es lo que se os pide, y cuán inexcusables sereis, no queriendo sujetaros á ello.

Trabajad, pues, oyentes, por todos los medios que se os presentan, á manteneros en aquella pureza, que con tanto vigor encargaba el Apóstol á los primeros fieles. El que es puro ante Dios, se purifique siempre más y más; porque este Dios de pureza solo se comunica á las almas puras. Los mismos ángeles no están á sus ojos exentos de toda mancha; ¿qué será, pues, de nosotros, siendo frágiles y mortales? Y sin una continua atencion y violentos esfuerzos, ¿cómo tendremos seguridad, en medio de tantos lazos como nos cercan, y en que podemos perdernos? Acabemos, pues, por una tercera ventaja, de las obras de la caridad cristiana, que es la de conservar el espíritu de piedad en medio de los cuidados del mundo.

3. Es difícil conciliar, á un mismo tiempo, el espíritu de piedad y el embarazo de los negocios del mundo; porque la piedad consiste en los interiores afectos de una alma retirada en sí misma y ocupada de Dios; y los cuidados y negocios del mundo la obligan á salir de este

retiro; y con mil movimientos inquietos y apresurados que la disipan, la hacen insensiblemente olvidar á Dios, y poner todos sus pensamientos en la tierra. ¿Por qué medio, pues, conservareis y reanimareis el espíritu de piedad? Ninguno mejor que el ejercicio de las obras de caridad y misericordia de que hablo. Atended; no vengo á condenar aquí con una rígida moral, los comunes cuidados del mundo, como son el de una familia, que es necesario arreglar; el de un caudal, que es preciso administrar; el de una herencia, que es indispensable cultivar; aun el de un pleito, en que se halla uno metido y al que necesariamente debe dedicarse, y otros muchos afanes de esta naturaleza, que están á cargo de uno, y de los que justa y racionalmente no puede dispensarse; convengo en que ésta es una ocupacion santa y santificante, y capaz de comunicar á todas las demás obligaciones este carácter de santidad, que le es propio, y de reparar en vuestras almas los daños y perjuicios, que todas las otras acostumbra á causar en ella. Comprended mi pensamiento.

Aunque los negocios del mundo puedan dirigirse á Dios, hay, no obstante, otros muchos fines, que pueden ligarnos á ellos, y que, con efecto, ligan demasiado á todos los que entendemos bajo la expresion de hombres, ó mujeres mundanas, cuales son los fines de hacer fortuna, de honor y de distincion; de elevacion y de grandeza; de interés y de una desmedida pasion de tener y poseer; del establecimiento, de la comodidad y del placer; y como todos estos fines, ó designios, son conformes á los de la naturaleza, ó, más bien, son los de la naturaleza misma, y el peso y fuerza de ésta nos arrastra casi á nuestro pesar, no es de admirar, que estos fines terrenos y naturales prevalezcan á los sobrenaturales y divinos; que llenen la estrecha esfera de nuestro corazon, y nos hagan perder la idea de aquel último fin á que todo debe referirse, y de donde resulta á nuestros actos toda su santidad. Pero, por una regla en todo contraria, ved, hermanos míos, qué bendicion particular llevan consigo las obras de caridad, no porque ocupan ménos, sino porque ocupan santamente. Con efecto, como son obras donde casi no pueden tener parte los afectos humanos, como por sí mismas son de mortificacion, y, por lo comun, llenas de oscuridad y de humildad, solo Dios comunmente es el que nos obliga á practicarlas, el que nos atrae, y solo él quien se busca y se propone por fin. Por solo él se emprenden, se practican y se toleran. ¿Hay, pues, cosa más propia para mantener la piedad, que esta intencion recta y del todo divina? Juzgad de ésto, hermanos míos, por vosotros mismos. ¿Qué habeis experimentado en lo interior de vuestra alma, y qué experimentais siempre que la caridad

dirige vuestros pasos á visitar y asistir á los pobres? ¿Habeis entrado acaso alguna vez en un hospital ó en una cárcel, sin que, vuestro corazon se haya antes elevado á Dios? ¿Qué reflexiones os han ocurrido allí, y qué reflexiones habeis sacado de aquellos sitios? Cuando vuestra caridad empieza á entibiarse, allí es donde infaliblemente la inflamais de nuevo; y cuando vuestra fe empieza á debilitarse y perder las fuerzas, allí es donde infaliblemente la reanimais y fortaleceis.

Hermanos míos, que fieles á las órdenes de Dios, y atentos á las necesidades de los pobres, sabeis dividiros entre éstas y el mundo, reconoced como una de las más preciosas gracias de Dios la inclinacion que os obliga á socorrerlos. Vuestros negocios temporales en nada se perjudicarán, pues el mismo Dios cuidará de ellos, cuando vosotros tomeis á vuestro cargo cuidar de sus hijos; y es abundantemente rico para daros ciento por uno, de cuanto haya recibido de vosotros por sus manos. En mil ocasiones os admirareis de ver el éxito de las cosas, superior á vuestras esperanzas; y este éxito será el resultado de las bendiciones, que Dios derramará sobre vosotros sin dároslo á conocer. Cuanto más diereis, más tendreis que dar. Pero, lo que hay de más esencial en esto es, que por este medio pondreis vuestra piedad á cubierto de las relajaciones, que tan frecuentes son en la vida tumultuosa del mundo. Esta será una piedad constante, porque estará mantenida y excitada frecuentemente por la caridad; de tal modo, que se cumplirá en vosotros la promesa del Apóstol: *Sicut scriptum est, dispersit, dedit pauperibus, justitia ejus menet in sæculum sæculi.* II. Cor. ix, 9. Derramando vuestras limosnas recogeréis frutos de justicia, y amontonareis tesoros de santidad; pero ¿de qué santidad y de qué justicia? De una justicia inalterable é invariable, independiente de las ocasiones, superior á todos los acontecimientos, que vivirá con vosotros en los siglos de los siglos, y cuya recompensa será eterna. Amen.

Véase: POBRES.